## PALABRA DE ARTE

► por CÉSAR LÓPEZ LLERA

# Leer a los clásicos

En el siglo XVII Saavedra Fajardo recomendaba: "*enfrenar* ese apetito desordenado y mira más por tu salud, tan gastada con el continuo desvelo de *leturas*". Tal avidez de letra escrita no resulta hoy vicio habitual, sino raro capricho y vana pretensión de profesores con cerebros tan secos por la lectura como el don Quijote. Personas como Truman Capote, que confesaba leer hasta las etiquetas, las recetas de cocina y los anuncios, pertenecen a una especie en peligro de extinción.

Ante tan menguada devoción por los libros se ha extendido la idea de que en la educación primaria y secundaria hay que fomentar en exclusiva la literatura infantil y juvenil, no solo desdeñando a los clásicos, sino incluso culpándolos del rechazo hacia la lectura. Según los defensores de tal postura, la imposición de textos de esa naturaleza y su dificultad los convierte en aburridos y rechazables para los alumnos. Me pregunto si por argumentos semejantes alguien aceptaría que se renunciara en Matemáticas a despejar incógnitas, en Química a formular o en Geografía a localizar los diferentes países del mundo y sus recursos naturales. Por otra parte, ¿qué criterios se siguen para asegurar, por ejemplo, que *Harry Potter* es más fácil? Para quien lo crea, le invito a que lea las cuatro primeras páginas de la traducción de *Harry Potter y el cáliz de fuego*. ¿De verdad alguien cree que alumnos de 12 a 16 años entienden todo el vocabulario? Pregúntenles los significados de "erigida", "siniestra", "esnobs", "identidad", "aversión", "huraño", "corroborar", "sórdida", "convicción" "expectantes", "blandir", o expresiones como "golpe de efecto", "motivos fiscales", "macizos de flores", "profesar veneración". No nos engañemos: los chavales que no leen a Rowling, Elvira Lindo, Ana Frank… tampoco se acercan a Cervantes o a Shakespeare. El problema no estriba en que Homero, Ovidio, Quevedo o Calderón resulten difíciles de leer, sino en que no se leen. De hecho, los cantos X y XI de la *Odisea* poseen suficiente magia e ilusión para encandilar al lector menos entusiasta: magia de Circe, intervención de Hermes, descenso al Hades… Las *Metamorfosis* de Ovidio es, sin duda, la mejor colección de relatos fantásticos. Los poemas humorísticos de Quevedo hacen reír al más pintado. Las hazañas del Buscón en la Universidad de Alcalá entretienen. Y los monólogos de Segismundo deslumbran a los adolescentes. Es necesario desterrar falacias tan extendidas como que los clásicos resultan incomprensibles y generan aversión a la lectura o que el gusto por los libros aumenta con otros tipos considerados arbitrariamente más adecuados y fáciles. Asunto diferente es que gusten unos más que otros o que puedan combinarse.

Italo Calvino, que propone hasta 14 definiciones de "clásico" en *¿Por qué leer a los clásicos?*, acierta cuando afirma que no hay que leerlos por deber o respeto, sino por amor, si bien defiende que en la escuela se dé a conocer un buen número de ellos a los niños y jóvenes, dado que en la edad de su encuentro con el mundo hay que facilitarles el conocimiento de las buenas letras. En último caso, concluye: "La única razón que se puede aducir es que leer a los clásicos es mejor que no leer a los clásicos".

Tales planteamientos nos llevan a la necesidad de establecer una lista de obras fundamentales y, por lo tanto, al problema del canon, tan de moda desde que Harold Bloom abriera la polémica. A mi juicio, en ese canon para la enseñanza primaria y secundaria habría que incluir fragmentos y adaptaciones de los grandes clásicos. Si aceptamos con Bloom que lo que convierte a una obra en canónica es "la extrañeza", y con Italo Calvino que los clásicos deben resultar "inesperados", el propósito de la enseñanza de la literatura debe centrarse en provocar tanta extrañeza y sorpresa que haga insoportable la ausencia de un libro entre las manos. Entonces los clásicos serán clásicos redivivos, como quería Azorín, y no habrá problema en reconocer la valía de los clásicos futuros e, incluso, de los clásicos personales y aun de los no nacidos, porque los hay del pasado, del presente y del futuro. Lo absurdo es negarlos y relegarlos al estudio de los eruditos. El disfrute del arte no ha de ser patrimonio de élites intelectuales, sino una opción para cualquier persona.

## DE LA VIDA DE LAS MARIONETAS

► por IVÁN CERDÁN BERMÚDEZ

# Escena 17 siempre acierta

*Indómitos* es una propuesta escénica que parte de un conflicto cotidiano para construir un retrato preciso de las tensiones familiares y sociales actuales. Representada en Escena 17, un espacio que ha sabido consolidarse por la coherencia de su programación y por la confianza en propuestas firmes, la obra sitúa su acción en Villaverde, integrando el entorno como parte activa de su sentido. La premisa es sencilla: una reunión de padres tras un altercado entre sus hijos. Lo que comienza como un intento de diálogo pronto se convierte en otra cosa. La cortesía inicial se resquebraja y deja paso a una confrontación en la que afloran tensiones más profundas.

A partir de ahí, la obra plantea una cuestión que atraviesa toda la función: hasta qué punto los hijos reproducen los conflictos de los adultos. No hay respuestas cerradas, pero sí una línea clara de reflexión. Los problemas en los centros educativos, cada vez más visibles, no se explican solo desde la conducta de los jóvenes. *Indómitos* desplaza el foco hacia los padres y muestra cómo sus contradicciones, sus inseguridades y sus formas de relacionarse terminan filtrándose. No se trata de señalar culpables, sino de poner en evidencia una cadena de comportamientos donde lo íntimo y lo social se confunden.

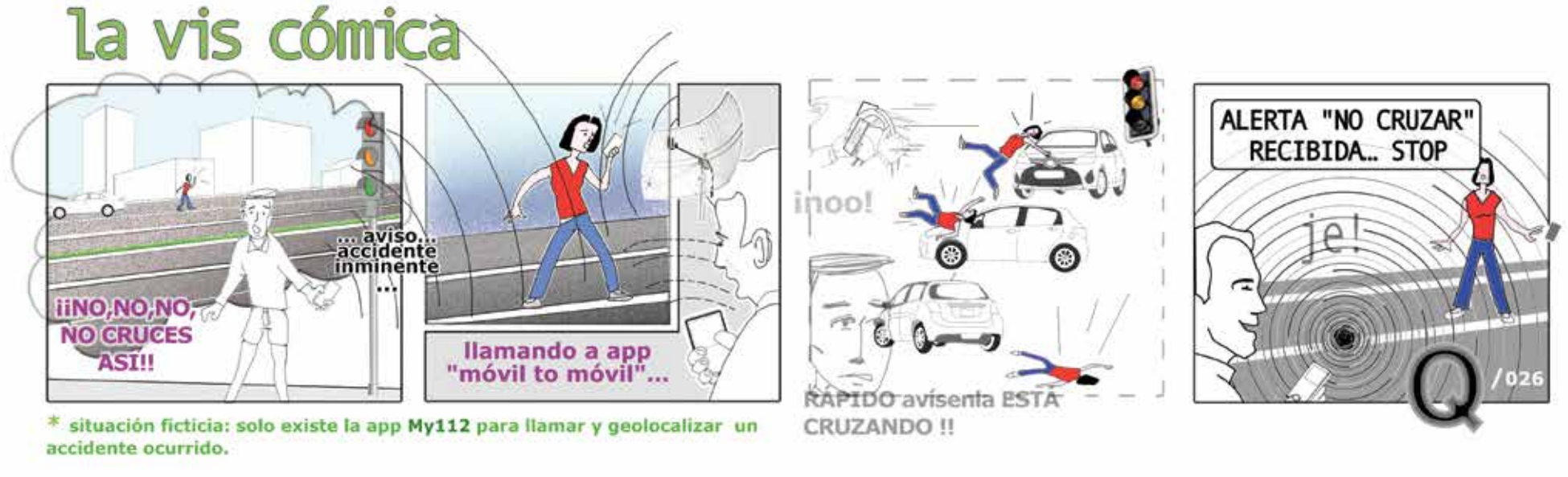
La dirección de Isabel Martín Conde es uno de los pilares del montaje. Su trabajo destaca por la contención y la precisión. Con apenas tres sillas —extraordinaria la tensión que genera mientras evoca el juego de la silla—, una mesa, una botella de ron —muy apetecible— y unos libros de arte, construye un espacio en constante tensión, donde cada movimiento altera el equilibrio entre los personajes. Hay algo de juego, pero también de amenaza: nadie termina de encontrar su lugar. Los silencios, las pausas y las miradas están medidos y sostienen una atmósfera en la que el conflicto nunca se resuelve del todo, solo cambia de forma.

A esa tensión se suma una sensación de encierro que recorre toda la obra. Los personajes permanecen en el espacio sin una razón clara para hacerlo, pero tampoco parece posible abandonarlo. No es un encierro físico, sino algo más difícil de precisar: están atrapados en sus propios discursos, en sus posiciones, en una manera de enfrentarse al otro que no admite salida.

Foto: Miguel Labrador

Esa imposibilidad de romper la situación convierte la escena en un lugar incómodo, donde las relaciones se tensan hasta el límite, incapaces de ocultar bajo la alfombra la mugre personal que arrastran.

El tono oscila entre el humor y la incomodidad. Hay momentos en los que la risa aparece con facilidad, pero no es una risa liberadora. Surge del reconocimiento, de ver en escena actitudes cercanas, reacciones que forman parte de lo cotidiano. Esa cercanía hace que el humor no suavice el conflicto, sino que lo subraye. Bajo esa superficie emerge el peso del pasado, las frustraciones y la necesidad de sostener una imagen que, poco a poco, se descompone.

Que la acción sea ubicada en Villaverde aporta una lectura concreta, reconocible. Sin necesidad de subrayados, se perciben diferencias, aspiraciones distintas, maneras de entender la educación que no siempre coinciden. Todo aparece en los detalles, en los matices, y refuerza la sensación de estar ante una situación cercana. Más allá de su eficacia como pieza teatral, *Indómitos* tiene la capacidad de interpelar de forma directa. Padres, madres y docentes pueden reconocerse en lo que ocurre sobre el escenario. La obra no ofrece soluciones ni pretende cerrar el conflicto, pero sí obliga a mirarlo de frente.

En un momento en el que las tensiones en el ámbito escolar son cada vez más visibles, esa mirada resulta necesaria. La propuesta —cabe destacarlo— introduce además una estructura cercana a lo operístico, con dos repartos completamente distintos. Ambas versiones brillan, algo poco habitual. El resultado es un montaje sólido, bien medido, que confirma el acierto de la programación de Escena 17. *Indómitos* funciona como un espejo incómodo, de los que no tranquilizan. Precisamente por eso merece la pena. Es una obra que debería ver cualquiera que tenga cerca a jóvenes en edad escolar, pero también cualquiera interesado en entender cómo se construyen —y se deterioran— las relaciones.